El Heraldo del Istmo

AÑO 1.º | Panamá, 31 de Diciembre de 1904. | Nos 23 Y 24

PARA GUILLERMO ANDREVE.

Al pié de la entreabierta celosía
Templa el galán con mano temblorosa
Su sonora guitarra y amorosa
Canción entona llena de harmonía.

Al escuchar la dulce melodía
Deja el lecho la vírgen pudorosa,
Y asoma su perfil de Reina-Diosa
Tras la entreabierta y vieja celosía.

Y mientras el galán con alegría
Canta y toca, la calle tenebrosa
Iluminan, con luz de medio día,
Los ojos expresivos de la hermosa
Reclinada en la vieja celosía!

Alejandro Dutary.

ANIVERSARIO

"BIEN FAIRE ET LAISSER DIRE."

CUMPLE EL HERALDO DEL ISTMO el 3 de Enero próximo su primer año de vida, que por cierto ha sido todo de lucha constante contra la malignidad de unos y la ignorancia supina de otros Hemos avanzado casi solos, con nuestra bandera desplegada á todos los vientos por senderos desconocidos, poco transitables y cubiertos de tropiezos que muchas veces creímos imposible superar. En nuestra peregrinación artística, sin guías, sin mayor ayuda, tratando de alumbrar con nuestra propia oscuridad, hemos más de una vez perdido la ruta, la fatiga ha hecho presa en nosotros y los días y las noches, en procesión interminable y fastidiosa, con sus soles explendentes y sus sombras aterradoras, nos han hallado sentados en actitud meditativa precursora de nuevos esfuerzos, ó lánguida y cansada mostrando toda la angustia de la lucha infructuosa, cuando no en heróica posición de gladiadores, mostrando en la asfixiante atmósfera de un medio estrecho todo el vigor de púgiles del Arte.

Nuestras alegrías han sido sustraendo insignificante ante la enormidad de nuestras largas horas llenas de decepciones y de hastío, en que hemos gustado de todos los sinsabores, y de todas las amarguras.

Sin embargo,estamos orgullosos sin estar satisfechos. Por sobre todo obstáculo hemos hecho flamear nuestra bandera, y he aquí que hoy, al cumplir la primera etapa de nuestra jornada, el Ideal acariciado brilla aún purísimo con todo el entusiasmo del primer día. ¿Y no es mucho alcanzar sostener una Revista literaria un año, en nuestra patria tan poco amante de las manifestaciones del espíritu, tan combatida por el *indiferentismo*, y no muy propicia para recibir la semilla intelectual, que en la mayoría de los casos no germina? Ochenta años vegetó el Istmo en un olvido desdeñoso, ageno á todo lo noble y à todo lo grande, viendo morir sus mejores esperanzas apenas nacidas. Colombia, esa Colombia de historia heróica, no supo ó no quiso crearse una página brillante entre nosotros. Como anestesiados vivimos en su regazo, y, ahora que de él estamos lejos, vemos que el progreso marcha á una gran distancia y que todo esfuerzo es necesario para lograr alcanzarlo y seguir al par con él.

Hay un enemigo terrible con el cual hemos tenido que luchar muchas veces. Oculto en las encrucijadas, él cae de sorpresa y caso de no pararle de firme se ostenta triunfador. Arlequín que ríe y se burla de todo generoso pensamiento, de toda causa noble, si no escapamos de sus garras estamos perdidos. Adiós entonces las esperanzas de gloria, los sueños de perfeccionamiento. Pesa sobre nuestros espíritus como plancha de acero que nos deprime, nos desgasta y nos imposibilita. Su objeto es igualar todas las inteligencias como Procusto igualaba todos los cuerpos. Su nombre es Mediocridad y sus armas todas las vedadas. Tiene una hermana, la Audacia y una aliada.la Ignorancia; y mata á los que en su poder caen, de modo especial, que bien conoce, inoculando el virus de una enfermedad que se llama Desaliento.

Y ante la desdeñosa indiferencia en que nos hemos abroquelado para resistir sus golpes lo hemos visto comentar, juzgar, condenar en fallo inapelable todo aquello que está muy por encima de su nivel intelectual. triunfa y reina aquí, en donde aun la educación está en pañales, con todas las absurdas prerrogativas de soberano oriental y en uso de facultades omnímodas que le concede su aliada poderosa critica, juzga, deprime, ensalza, analiza, sin darse mayor cuenta de lo que hace, y persiguiendo solo un fin bien marcado: matar toda aspiración.

Aun llevamos la señal de sus golpes que no han podido vencernos. Antes bien, creemos que va de retirada, que abandona terreno y que cada conquista que hacemos en sus dominios redunda en provecno de nuestra patria. Hemos aspirado á ser en ella porta-estandartes de una nueva era que apenas si comienza y creemos que esta aspiración no será fallida. Nuestro primer aniversario así lo indica y es para nosotros, después de todo, ocasión de regocijo grande y bello. El triunfo será siempre de los que perseveren y en ese camino seremos nosotros los primeros.

LIVIDEZ

NOCTURNO I.

A DON ARISTIDES ARJONA.

Toujour et Jamais! murmuré con regocijo incorporándome en el revuelto lecho, y me detuve inmóvil, abstraído, ensimismado, escuchando á no lejanos metros, aquellas ondas harmoniosas y vibrantes de risueña y á veces triste pasión que se desenvuelve leda bajo una sombra ténue que pudiéramos llamar terneza, y con la cual el maestro de tan divino vals con exquisito y fino amanaramiento, sabe despertar una desesperanza que con albo pañizuelo llama á la reina Alegría para que comparta con ella de lo dulce y de lo bello.

Quizás era noche de baile en alguna morada venturosa, y hasta mí llegaban como irradiaciones invisibles las notas pasionales del vals encantador; y entónces pensé con emoción intensa que era bello sentir así. La tristeza cae en el alma como el rocío brillante en la corola de la flor, y llega al alma la íntima evidencia de que basta una sola sensación que nos inspire el acatamiento de un vasallo, á lo que es la excelsitud del arte y á lo que es la activa y generosa influencia de lo grande y de lo bueno, para que la entraña más dura y más grosera, tenga un sentimiento amable ó una voz de gratitud para el genio que se muestra en el dolor triunfante.

CRISTOBAL MARTINEZ, (SIMON RIVAS)

Ya del adorable y harmonioso vals llegaron á mi oído las últimas notas, algo así como adioses de una virgen muda que no da mas que sollozos en el temblor de sus ocultas lágrimas. Y terminó el vals y me quedé pensando, Ah! pensando.. en qué?.. eran lejanías marinas tan inmensas, montañas tan grandes y espantables y tan anchuroso el espacio y tan lejos las estrellas .. y me quedé pensando en la brutal angustia que sobre el alma arrojaba mi desvelo.

Y vino sobre mi espíritu como un soplo de amargura y desaliento. La fiebre la tenía en el alma, pues era frío lo que sentía en la sangre; y me arrojé del lecho en la asfixia de mis propios pensamientos y abrí mi pequeña ventana para respirar la vida en las suaves olas de los tiernos vientos.

Y ví que en la impoluta serenidad del cielo que ostentaba un azul fresco, aterciopelado y amplio, la luna como bruñida y enorme moneda de plata incrustada en anchuroso cielo-raso azul, vertía su claridad tranquila llena de afectos compasivos y de meditaciones melancólicas y vagas, y allá en el confín remoto que forma curva un tanto indecisa por la obscuridad que presta la distancia, se columpiaban algunas blancas y largas nubecillas que no parecian sino los blancos sudarios que hubiesen dejado en el espacio las almas que amaron y sufrieron mucho, y que aún después de idas, dejaron aquellos limpios lienzos como un adios de sus pesares íntimos.

De pronto divisé en la larga dorsal del tejado vecino, la blanca y elegante figura de Sargón, mi gato favorito. Marchaba lentamente y en forma adusta y pensativa.

Le observaba con atención en tanto que yo pensaba: quizás vendrá Sargón de lejanos tejados, de excursión hecha en su perpétuo carácter de turista mitad ladrón, mitad guerrero apasionado, á cuánta bella felina no habrá seducido con la limpidez de su pelo níveo, y á cuántos rivales desdichados no habrá tenido bajo sus garras, y él mismo, cuántas veces bajo el dominio de los agudos rasguños, como yo, no habrá experimentado los ultrajes y angustias del dolor? Y Sargón, mi pobre gato, á la luz de la luna más blanca y más hermosa que hubiese contemplado el claro verdor de sus redondos ojos, se paseaba lentamente como pensando en las futuras luchas.

Un momento después sentóse de frente hácia mí, y observé que me veía porque de lleno contemplaba sus grandes ojos en que bullía una fuerte fosforescencia como olas de la mar en noche obscura.

Y luego pensé: Sargón, como yo, gusta de la soledad solemne y santa de la noche; reconoce y ama la sagrada dicha de encontrarse sólo, sólo y siempre sólo; así, como yo, no hallará quien lo ame, pero tampoco tendrá quien lo ultraje; ¿y para qué el amor? los ardores y afanes del día agotaron la miel de la ternura, y como los días, los años, así tambien se van los líricos ensueños de la pasión que vigorosa se

mostraba eterna y que luego, como ceniza en un viento helado para siempre, se extinguió; él, tal vez, pensará en la ingratitud ajena y quizás en la perfidia propia; y acaso haga una comparación sintética entre lo mucho que se sufre y lo poco que á fuertes brios se logra de placer, más se convencerá después de todo que, como yo, en el torbellino de la vida, más de una vez tendrá que soportar con desdén y altivez la mala fama que brota de las almas hermafroditas y cobardes, y triste caso, oh! Sargón, mi pobre gato, triste es que ni sepas ni comprendas que solo la lengua vil es la que bruñe y eterniza la firmeza del espíritu!

De pronto observé un punto negro que silencioso deslizábase por el aire, el cual, aproximándose rápidamente pude determinar que era un buho que en aquel instante se abalanzó sobre Sargón, golpeándole con su ala parda, la hermosa cabeza inteligente y blanca.

Al momento mi animal felino afectó una finta, y luego espeluznose, volviose un arco erizonado y mirando al espacio y á la brillante luna que en aquel instante imaginé que sonreía con irónica tristeza, sentóse nuevamente sobre sus cuatro nerviosos piés, y miró en derredor con tan serena y tranquila indiferencia que no parecía sino que estaba poseído del augusto y soberbio desdén de un olímpico césar aburrido.

Ah! los designios del Misterio,—me dije con un temblor inusitado en las entrañas, y mirando á Sargón que permanecía impasible como un gato de mármol—en ocasiones es así como viene lo malo, lo adverso, lo fatal; un rumor en el aire, una ola que roza y una sombra que pasa, y luego el *no se por qué* de los días melancólicos y grises y de las noches lóbregas y largas, siendo preciso entonces, que el espíritu con heróica y silenciosa tranquilidad se persuada de que en el albur de la vida le ha tocado la más ruín de las ganancias!

En aquel momento miré en redor de la ciudad dormida; los desiguales techos, por efecto de la humedad nocturna, fingían una lustrosidad micácea que se extendía hasta desvanecerse en la sombra impenetrable; todo aquello me pareció un vasto y tenebroso asilo de almas moribundas, y á la sazón, como centinelas pasando número en dilatado campamento, los cantos de los gallos iban sucediéndose vibrantes hasta perderse allá en las ajadas casuchas de los barrios obscuros y barrosos,

Mas ya en tanto, la luna abdicando de su permanencia en el espacio tranquilo, iba lentamente á ocultarse angustiosa tras la ancha curva del cerro más vecino, y entonces pensé, mirando á Sargón que se aproximaba á mi morada:—Así de ese modo, con luz pálida y glacial, se van ya las grandes almas como se hunden también las grandes glorias; y luego de los triunfos, desastres y derrumbes, ¿que nos queda del envidiable ayer? .....—Quién sabe! responde siempre la Duda, cuando medrosa intenta penetrar en las ardientes claridades de un nuevo Porvenir .....

Y ya entonces contemplé por vez última el fino y brillante borde de la luna que á manera de hoz argentina tras el negruzco cerro se escondía, y no sé por qué surgieron de repente en mi memoria muchas cosas que yo tanto amaba y que hoy dolientes sin calor han muerto.

Ah! de mi anhelo inútil y de mi empeño estéril—me dije sollozando entre mi propio corazón—y de una vez colérico me retiré de la ventana, pensando con amargura en una pálida esperanza muerta, ah! y pensando en las otras que, tristes y mustias, morirán después!

Simón Rivas

Stoessel

¡Oh Suiza! ¡Prisionera de la nieve!
¡Fresca sandalia de la cumbre alpina!
Tu cielo gris el ánimo conmueve
y á la plegaria el pensamiento inclina.
De tus celajes en el borde leve
canta el Ensueño con su voz divina,
y tu horizonte es un cendal de plata,
que á través del espacio se dilata.

Tuvo el heróico Stoessel la fortuna
de mirar, al nacer, tus altas cimas,
donde esparce sus ópalos la luna
como un enfermo trovador sus rimas.
Dios, á los Alpes, eligió por cuna
del hijo en cuya vida te sublimas,
y que gallardo, incorruptible y fuerte,
teme más al oprobio que á la muerte.

El juró defender una bandera
que no es la tuya ¡oh Suiza! Es el Destino
quien lo obligó, con saltos de pantera,
á seguir otro rumbo, otro camino.
Y hoy Rusia lo idolatra y lo venera
lo mismo que á su Dios el peregrino:
¡Stoessel, en su férreo baluarte
es en la tierra el vencedor de Marte!

¡Ha resistido al fuego, al hambre, al frío:
En arroyos de sangre coagulada
resbalaron sus piés, pero sombrío
sigue empuñando su gloriosa espada.
El es como la imagen del navío,
que cercado y vencido en la jornada,
por no apelar al humillante ruego,
en el fondo del mar suspende el fuego.

Para muchos la vida es dulce y mansa;
para él no es más que un cúmulo de penas;
no duerme, no reposa, no descansa,
como el preso que lima sus cadenas.
La fatiga sus ímpetus no amansa,
y cuando ronca el sueño en las almenas,
es el único, Stoessel, que vigila
y en la sombra fulgura su pupila!

Su tumba habrá de ser la fortaleza
que por monstruos de fuego calcinada,
parece que aún levanta la cabeza,
como un coloso su potente espada
El lo dijo con trágica entereza.
en una frase olímpica y sagrada. . .
¡y su acero besó cuando lo dijo,
lo mismo que si fuera un crucifijo!

Al verlo por la noche los soldados,
piensan que asoma en lontananza el día;
de los pobres guerreros demacrados
dulcifícase al punto la agonía;
los fieles veteranos, asombrados,
le oyen decir: —¡Hay balas todavía!—
y poniéndose todos en hilera.
van besando, uno á uno, su bandera.

Su audaz mirada el horizonte escruta;
entre el humo y la pólvora respira,
y jamás con el alma irresoluta
tintos en sangre sus vestidos mira.
Concibe un pensamiento y lo ejecuta
con la intención del que á vencer aspira,
y del soldado fiel, cifra y compendio,
salta con su corcel sobre el incendio!

A los suyos anima en la pelea:
¡cómo los estimula y los abraza,
y su uniforme trágico pasea
delante del nipón que lo amenaza!
En medio de la lid no titubea,
pensando en las virtudes de su raza,
y con sus bravos á morir dispuesto,
á la Epopeya legará su gesto.

¡Oye, Inmortalidad! Oyeme y dime,
ya que tú premias las acciones bellas,
—Si Stoessel muere, ¿en qué región sublime
harás que grabe sus divinas huellas?
¿No temes, cuando al cielo se aproxime,
que haga palidecer á las estrellas?
Escucha esta pregunta, aunque te asombre:
¿Podrás tú, con el peso de su nombre?

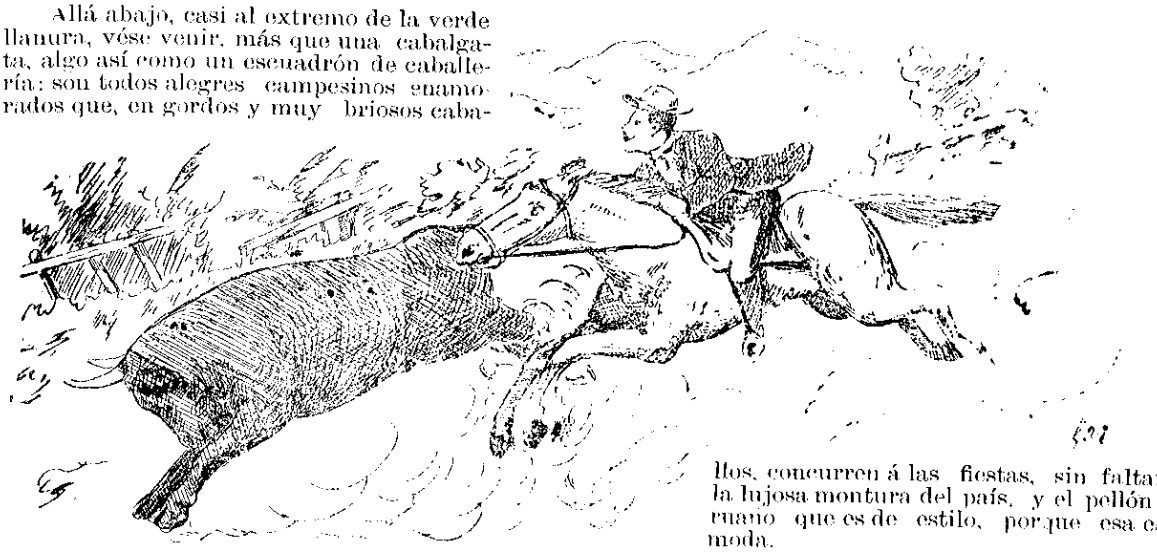
¡Stoessel! ¡No le temas al olvido!
Desde que se conocen tus hazañas
las águilas tu nombre han aprendido,
y lo repite el eco en las montañas.
El orbe entero sabe que su nido
la dignidad calienta en tus entrañas,
y que tu vencedor, si lo perdonas,
para su sién te pedirá coronas.

B. BYRNE.

COSTUMBRES
MI TIERRA

No muy lejos, bajo el frondoso ramaje que cubierta casi tiene una casa pajiza, está un grupo de concurrentes entregados yá á la diversión y á la alegria. Una guitarrita de madera blanca que un joven jayán construyó en sus cortas horas de ocio, suelta de sus cinco cuerdas los acompasados sones de la *cumbia*, y un divertido campesino, "que apenas sombrea," acompaña entusiasmado con su sonoro rabel.

Allá abajo, casi al extremo de la verde llanura, vése venir, más que una cabalgata, algo así como un escuadrón de caballería: son todos alegres campesinos enamorados que, en gordos y muy briosos caballos, concurren á las fiestas, sin faltarles la lujosa montura del país, y el pellón peruano que es de estilo, porque esa es la moda.



Por todas las veredas y caminos se ve afluír la gente al lugar de la cita, lo mejor que le ha sido posible á cada cual ataviarse; los hombres con pantalones de *fino* paño y *cubana* de bretaña de hilo, y las mujeres con polleras *de lujo* de *coquito*, *clarín* ú otro genero transparente, y unos y otras, con el consabido sombrero blanco de jipi-japa, hasta que de pronto al rededor de la llanura se describe un cordón humano que parece achicarla más y más.

Sobre el suelo, esa baratísima mesa natural, que han tapizado con manteles verdes de las hojas de los plátanos de la contigua huerta, han yá hecho por la vida los concurrentes y algo caído el sol, todos se preparan para darle formal principio al programa de las fiestas.

Un grupo de hombres montados en caballos vivos y corredores, que mueven las orejas como tijeras en función, está á la puerta del corral, y cuando menos acuerda sale una arisca novilla que echa á correr á campo travieso desaforadamente. El jinete que mejor caballo cabalga, la alcanza, la coje por el rabo, pica con las espuelas por los hijares al caballo, éste se adelanta un poco, y ....¡pun.....! queda la pobre novilla de carnes temblorosas, por lo gordas, tendida á lo largo en el suelo. Gritos prolongados, loas, y hasta un .....trago, hay de parte de los espectadores para el fuerte *rabeador*, y en este constante afán de salir y correr reses, de azotar y cansar caballos, se pasan medio día hasta que el corral queda limpio, y los animales corridos y espantados, buscan sus escondites en la tupida montaña.

Tan bien hecho está el cálculo del programa de la fiesta, por el que de éstas se dice dueño, que la última res que se corre da la señal de la expiración del día, y para conseguir tal objeto, si es que el ganado escasea, acostumbran sacar durante la corrida uno que otro toretón de desarrollado testuz, y hacerlo montar por un joven arrojado que, si no cae y queda con un brazo fracturado, en su esfuerzo supremo de sostenerse sobre el animal, se le desprenden de su lugar algunas de las vísceras interiores del cuerpo. En esta diversión,—que así la llaman,—el montador le pone, en el momento de encajarse sobre el toro, su sombrero al dueño de la fiesta, y éste, pasado el acto brutal, se presenta con la botella de *amor fino*, verdadero brebaje de color purpurino, y con repetidos brindis obsequia al triunfador.

Es la hora solemne del *Angelus*, y de las fiestas del día, sólo ha quedado lo siguiente: un muchacho casi muerto á quien un caballo desbocado atropelló; un mozo rabeador que, al ir corriendo en su caballo, y saltar una zanja, cayeron,—mozo y caballo,—pero éste encima, rompiéndole una pierna al jinete; un bochinche terrible, donde los palos, las pedradas, las cortadas y pescozones, hicieron su agosto; dos morenas campesinitas, "de mejillas tintas en rosa," que montadas en cólera al disputarse el amor de un mancebo buen mozo, se dieron de mojicones, y hasta los moños, con navajas, se cortaron; muchos chistes y chascarrillos; y, bajo la arboleda tupida y espesa, unas cuantas docenas de hombres que duermen, sobre lechos de frescas gramas, tendidos á la bartola bajo la sofocante influencia del dios Baco.

×

Es de noche, y las fiestas, con todo y los trastornos apuntados, continúan.

En la plena llanura, convertida en un inmenso salón, que sólo la bóveda celeste cubre, y que una luna esplendorosa de Marzo ilumina, se ve un gran pelotón humano. De aquí y de allí brotan mesitas

pulperías en miniatura, alumbradas ténuemente por lamparitas de petróleo. El sonido de muchas *mejoranas* y violines puebla el espacio, y el ton ... ..! ton..... ..! del tambor, dice con su voz de trueno, en los caseríos vecinos que la gente de las fiestas está alegre y se divierte. Una larga hilera de muchachas bellas, con las polleras levantadas hasta las rodillas—como que en su bucólica inocencia saben que sus robustas pantorrillas "sólo se las dejó Dios para caminar,"—y otra fila de hombres fuertes, de musculatura desarrollada con el manejo constante del hacha sobre la arboleda corpulenta de la montaña—bailan zapateando como unos desaforados al son de aquella música, que complementa el *chas, chas* de la *guáchara* (1), y á lo mejor del cuento uno de los bailarines, con piruetas, y festejos, y muchos mimos para su pareja, prorrumpe á todo pulmón en esta significativa copla:

"¡Sólo Dios con su poder
Te pudo hacer tan hermosa,
Tan amable y cariñosa
Como no he visto mujer!! .... !

La voz estentórea del mancebo va á perderse allá en el silencio de las selvas, y los demás compañeros de baile siguen el ejemplo cantando, y cantándole mucho á sus hermosas enamoradas, unos hasta con voz sentimental y melodiosa, especie de *Miserere* que tiene un dejo especial, sólo aprendido por aquellos lugares.

Las muchachas, por supuesto, han ido al baile de *rigurosa etiqueta*: con polleras, ropaje de que hemos hablado yá, peinado liso, á la americana, peinetas de balcón de oro, cadenas *chatas* del mismo metal, pulseras plateadas, zapatos de raso; y en la cabeza y en el pecho muchos claveles rojos, y muy blancos perfumados jazmines. Dentro del sombrero, á guisa de perfume regio, guardan odoríferas varillas, y buena cantidad de amarillas *aromas* que cogieron en los árboles silvestres del camino. Tampoco les ha de faltar, prendido del cuadril, el pañuelito de seda con guirnaldas de distintos colores, mojado, por las ricas, con *cashemere bouquet*, y por las menos pudientes, con la vieja y anticuada agua de *kananga*. Así, con esos atavíos, se entregaron á la parranda y al jaleo nuestros buenos é inocentes campesinos; y cuando á la puesta de la luna cayeron en la cuenta los concurrentes de que en aquel fárrago de goces los iba á sorprender el nuevo día, el desfile no se hizo esperar, y la reunión, poco á poco, se esfumó.

¡Quién pensó en buscar entonces el caballo, que puesto á soga durante la noche, rompió la cuerda que lo ataba y se fué; cuál en la montura que al anochecer guardó en la posada que le brindó un señor su compadre; éste preguntaba por la espada y el látigo que la *ronda* le había quitado cuando quiso entrar en pelea á brazo partido con un contendor; aquél solicitaba con insistencia la mochila donde tenía su fiambre; estotro hablaba de la manta de bayeta azul, en forma de ruana, á la antioqueña, que por delante tenía, mientras roncaba reclinado al tronco de un robusto árbol; allá uno gritaba porque le habían robado un *galápago;* acullá aquel otro decía que le habían extraído un portamonedas con unos cuantos reales que había ganado en la siembra de la pasada semana; y, en fin, tántas cosas que convirtieron la ya escuálida reunión en una verdadera Babel!

Y el desfile seguía, cada cual en busca de la pobre choza que demoraba, para unos, una hora, para otros, dos ó tres; y seguía cada cual reflejando en sus soñolientos rostros, aquellas soberanas fruiciones de los montes, que, si á civilización no trascienden, despiertan con sus dulces recuerdos unos como gratos olores á helechos y verbenas, y sí distan mucho de confundirse, con todo y su brusca sencillez, con las horas enervantes y fastidiosas de interesadas orgías.

Vino la mañana, y el sol se vió surgir magestuoso de los montes de la vecina serranía.

La llanura tiene ahora tristezas del desierto, que contrastan con la estruendosa algarabía de la pasada noche.

En las duras camas de madera de los pajizos albergues, duermen á pierna suelta los *fiesteros*, buscando así el apetecido descanso; porque al día siguiente, segundo de la semana, reanudarán sus árduas labores: las luchas asíduas con el suelo que, pródigo, les sabe brindar el sustento del año.

La mansión del dueño de la fiesta está también ahora, como la familia que la calienta, dormida, y la hija obsequiada, campestre flor que apenas quince primaveras cuenta, duerme tranquila al aire libre sobre una estera que la anciana madre, de manos descarnadas y toscas le construyó, con las *mayaguas* de los tallos del vecino platanal. Duerme tranquila y dulcemente la virgen esbelta, como si algún ángel protector velara junto á ella su inmaculada inocencia; y como para complemento de las fruiciones campestres de la bondadosa familia, fruiciones que despertaron en la mayor parte de los concurrentes, gratísimos recuerdos; para satisfacción de esa familia casi patriarcal, que así abrió un corto paréntesis á la rudeza de la vida que llevaba, las conversaciones y comentarios de los convidados á la fiesta, sazonaban despues el encanto y los goces de aquella reunión, y hubo para la protagonista de la fiesta, que pasó á ser luégo virgen singularizada, muchos merecidos elogios que ostentaban en derroche los colores del iris.

(1) Instrumento hecho de un árbol llamado "caña brava", quetornean, y luego con un pedazo de hueso que llaman "cojedor, el dan á lo largo de la caña en las torneaduras, y la hacen producir ruido, al compás de la música.

He aquí una faz de las sanas costumbres de los felices campesinos de mi tierra.

Engolfado uno en la contemplación de estas costumbres, se viene en conocimiento de que si la felicidad existe debe buscarse, más bien que en los regios salones ricamente decorados y de alumbrados profusos, donde se escancian las rubias gotas del *Champagne* en las copas de Bohemia, y se comen los manjares en los platos blasonados de porcelanas de *Sevres*, en la vida alegre y humilde de los campos que, como á la familia de mi cuento, sabe brindar satisfacciones íntimas, jamás alcanzadas por las grandezas humanas.

Panamá: 1904.

JULIO ARJONA Q.

Estertor Heróico

DE ARISTIDES MOLL

EN la blanca llanura, que la sangre ha hecho roja, agoniza el caucasiano tendido sobre una alfombra de purpúreos asfodelos. En montaña gloriosa los cuerpos de los héroes reposan à su alrededor confundidos con trozos de lanzas y cadáveres de caballos. No se ven espadas.

Su cuerpo de atleta descansa sobre el bruñido escudo; su espada, arma ancha y potente, está al alcance de la nervuda mano que la esgrimiera; el casco que plumas de águila caudal adornan, yace tirado á su cabecera. El sol, ya en su ocaso, brilla fúnebremente sobre el hierro; tambien quiebra sus rayos en algo líquido agua ó sangre, quizás hidromiel — que hay en el fondo del casco.

GENERAL KUROKI

El caucasiano es joven; aún no ha visto veinte primaveras. Sus largos cabellos, parecidos á espesa madeja de lino, sírvenle de almohada en su busto pálido de Herakles derribado ábrense tres heridas labradas por azagaya traidora; de ellas brota la sangre á chorros, semejando continuas sartas de cerezas; lividece sombrías invaden su rostro altivo, como rosas mustias que ya la muerte deshoja sobre él sus ojos azules, donde poco antes brilló la fiereza, estan vueltos hácia el cielo.

Sus amigos lo rodean en actitud compungida; uno de ellos sostiene por las bridas á brioso corcel negro que de rato en rato relincha tristemente; otro, el más joven, no puede contener las lágrimas. Es casi un niño, de cara bonita como una virgen.

Con voz doliente, como el eco postrero de lira que va á romperse, así habla el guerrero agonizante: "La rama ha caído al golpe del hacha. No volveremos ¡ay de mí! á perseguir juntos al tigre de garras corvas; no se oirá mas mi lanza, como abeja enorme, zumbar en el aire extremecido; el alazán de veloz carrera pacerá tranquilo en los campos donde las amopolas florecen pensando que ya Mirza no existe; no caerán más enemigos bajo mis flechas de acero; el águila podrá desplegar tranquila sus alas.....

Ah! Más de una vez el jabalí escapado á los dardos vibrantes dirá á sus cachorros: "Mirza no está ahí;" cuando la multitud vea mi sitio desierto en las filas de los guerreros exclamará: "falta Mirza;" cuando la luna á modo de rosa inmensa, adorne las llanuras del cielo y ninguna guzla acompañe los ecos de la noche, mi amada murmurará: "Ya él no vive;" cuando el invierno descienda de las montañas donde la nieve reina y mi madre no tenga piel de oso para calentar sus pies ateridos, ella sollozará: "Mirza ha muerto."

Entonces, entonces, ya los narcisos crecerán sobre mi cadaver. Enterradme, amigos bajo las encinas frondosas donde el viento gime Poned sobre la tumba mi espada, para que el caminante al pasar se descubra diciendo: 'Aqui yace un guerrero" .....

Qué triste es morir! Pero no lloreis, compañeros. En los campos fértiles á donde voy, los ruiseñores cantarán para mí sus más dulces canciones, las huríes de labios rojos me darán su amor de fuego y los héroes me brindarán su amistad por que muero por mi patria!"

La casa de Gabriel D'Annunzio

EN la dulce colina de Settignano, que domina el panorama oro y rosa de Florencia, allí donde existió una antigua cantera de mármol, donde nació Desiderio y Miguel Angel fue amamantado por la mujer de un tallador de piedras, entre los iris y las glicinas, envuelta en un manto de yedra está la *villa* de Gabriel D'Annunzio

Un curioso admirador que fué á visitarle, nos describe la casa del poeta. Cuando llegó, D'Annunzio venía á caballo precedido de cuatro lebreles. Donovan, Merissa, Biondella, Crissa; nombres sonoros y musicales que lanzados á pleno pulmón en el vértigo de la caza, deben cantar en el aire como una estrofa.

Esta es una leyenda....

PERA EL *HERALDO DEL ISTMO*.

Por qué la Luna es pálida, por qué esta siempre triste? Me lo ha contado un gnomo. Por eso es que lo sé. Palidez, tristeza ... Acaso, señoritas, pensais que Amor? ..... Pues sí: tan sólo él culpable es de sus penas. Es esta leyenda, romántica y hermosa, como hija de Amor.

La Luna—lo sabíais?—hermana es de la Aurora. Y ésta—lo sabéis?—amada es del Sol. Amada del Sol, esposo de la Tarde y de la Luz sultán.

Quince primaveras la Luna había visto ya y su alma en primavera á Eros, incauta, convino en escuchar.

Amó. Amaba tenazmente, tenaz y castamente, á él, el poderoso, el fulgurante Sol.

Un día—oh día pálido!—la Luna en el Espacio su rostro asomó. Por ver á su amado marchando presuroso camino de su regia morada de Ocaso. Y vió—oh muerte de Ilusión!—abandonarse el Sol, rendido y voluptuoso, en brazos de la Tarde, garrida castellana que viste de púrpura y adora á su señor.

Ni un grito dió la Luna, más luego su semblante—risueño y rosáceo—tornose desde entonces en lívido y nostálgico cual azalea invernal.

Los dioses de lo Alto piedad tuvieron de ella, y envuelta en una clámide enorme y azul mandáronla al palacio sombrío de la Noche, de infanta de su corte y su dama de honor

Curiosa y celosa—¿acaso no es mujer?—por ver á su amado su rostro anémico suele, en el Espacio, á tiempos asomar. (Del cetro de su amado un ígneo rayo en veces visita á la Noche—Sultana de las Sombras—prestándole fulgor). Y entonces la Luna contempla al real ingrato que duerme fatigado, soñando con la Aurora y en brazos de la Tarde, que duerme también. La Luna llora, al verle, de celos y pasión. Sus lágrimas son estrellas, estrellas y luceros, que adornan, coruscantes, su hermosa veste azul .....

Es esta la leyenda romàntica de la Luna. Me la ha contado un gnomo. Por eso es que la sè

JOSÉ-MARIA BARRETO.

Tacna.

Impresiones de la Cámara Francesa

POR MAX NORDAU

LA ENTRADA DEL PRESIDENTE

ESTE era uno de los primeros espectáculos que había querido ver yo cuando llegué á París, hace ya mucho tiempo, peregrino apasionado del ideal democrático. He vuelto á verlo en estos días para saber si la ceremonia me impresionaría aún como

Pues bien: oigan ustedes

Uno se ha cocido y recocido en todos los ácidos de la ironía; ha sufrido la corrosión de todas las farsas; respira una atmósfera que destruye todo respeto; se ha acostumbrado á ver una escena de opereta en toda ceremonia de aparato; un vestido abigarrado en todo traje oficial; un payaso en funciones en todo funcionario que pontifica; un accesorio teatral en todo símbolo de autoridad; á ver bambalinas en toda pompa, á descomponer en sus detalles grotescamente prosaicos todo cortejo solemne. Y, apesar de esto, uno no puede substraerse al prestigio de los viejos ritos tradicionales establecidos por civilizaciones muy antiguas, en vista de conceptos muertos ya ú olvidados, ritos que parecen extraños en medio de condiciones nuevas, pero que, sin embargo, impresionan fuertemente una imaginación poblada de obscuras imágenes hereditarias, y evocan los sentimientos que por un hábito milenario se encuentran orgánicamente ligados á esas imágenes.

Una doble fila de soldados, que se extiende desde las puertas de doble batiente del departamento del presidente de la cámara, á través del vestíbulo y de la gran Sala de la Paz hasta la entrada de la sala de sesiones. Un grito atronador: "¡El señor presidente! ¡fuera los sombreros! ¡fuera los sombreros" En respuesta, voces de mando formidables en los dos extremos de la posición militar. Sesenta culatas de fusil golpeaban á un tiempo, con un choque agudo y breve, pero con intenso ruido métalico, el pavimento de mármol. En Francia no se presentan ya las armas. Este movimiento fue abolido por el general André, que lo consideraba un homenaje feudal. Cuatro tambores desencadenan un verdadero huracán que retumba y rueda como un trueno desde el techo y desde los muros de esas dos salas prodigiosamente sonoras. Se sabe que los franceses son los primeros tambores del mundo, y que el ejército, siguiendo una vieja tradición, cultiva con amor ese arte nacional.

Las dos puertas se abren. Ujieres de frac, cargados de cruces casi todos, salen de dos en dos con la espada al costado y la pesada cadena de plata brillantemente pulida, alrededor del cuello y del pecho. Preceden al presidente, que aparece custodiado á derecha é izquierda por el capitán y el teniente de la guardia de honor, con la espada desenvainada. Otros funcionarios, otros ujieres cierran el cortejo. Sin afectación alguna, sin lentitud exagerada, y, sin embargo, solemne, y con la altiva dignidad de hombres que se consideran seriamente, la procesión de hombres avanza, por entre los tambores que arman un tumulto y la fulguración de las espadas y de las bayonetas, á través de las salas, hasta su meta.

A la puerta de la Sala de Sesiones, el presidente se detiene un instante. Lo esperan allí el coronel y el comandante. El capitán y el teniente se colocan entonces al lado de ellos. Cuatro espadas se levantan con un movimiento idéntico, se vuelven á la derecha, se vuelven á la izquierda, y bajan sus puntas en homenaje expresivo. El presidente inclina la cabeza á uno y otro lado; de una manera un poco más acentuada ante los oficia-

actividad febril ó de un duro ó incesante trabajo del pensamiento, quizá, sencillamente, de un exceso de tareas y de una escasez de alimentación hereditarias. Una gran mayoría de hirsutas cabezas de cariátides, cuya cabellera abundante está visiblemente en razón inversa de los cuidados de que son objeto. Rostros apasionados, de rasgos agudos, la mayor parte de barba entera, una barba sin pretensión, sumisa, cuando más, á la sencilla disciplina de las tijeras periódicas.

La agitación de la izquierda forma también contraste con la calma habitual de la derecha. Hasta la excitación toma formas diferentes en uno y otro lado. La derecha tiene también, naturalmente, el temperamento francés. Entra en ebullición con la mayor facilidad. Pero el tumulto pasa enseguida. Es como un chaparrón de abril. Los pedrizcos no han acabado aún de caer con estrépito, y ya el sol vuelve á sonreír. En la izquierda, las tormentas y los huracanes son más violentos y duran mucho más tiempo. El cielo se mantiene siempre plomizo y amenazador. En una y otra parte hay una tendencia natural á los actos rudos, al autoritarismo. Terror blanco, terror rojo ... olivo y aceituno, todo es uno. La experiencia histórica lo demuestra. Pero la derecha no tiene aspecto de poder soportar con sus nervios el juego de la guillotina, por tanto tiempo como la izquierda.

Sin embargo hay excepciones. A. M. Lasies, por ejemplo, no lo asustaría matanza alguna, por formidable que fuese, siempre que fuera él quien la ordenara. Flaco, de tez morena, cabellera y mirada negras, frente estrecha y deprimida, nariz recta y delgada, labios como partidos por un sablazo, mejillas hundidas, barba puntiaguda, es el tipo acabado de un oficial de la guardia de un gran inquisidor. Es alegre. Es risueño. Se sonríe con frecuencia. Y nunca es más terrible que cuando se sonríe. Involuntariamente, la mirada de uno busca al protestante desollado vivo ó al moro con el sambenito, cuyo aspecto excita así su hilaridad.

Todo lo contrario es M. Baudry d'Asson, el célebre interruptor. Un poco bajo de cuerpo, un poco cuadrado, de larga levita negra flotante, de gran barba gris de patriarca, de fuertes labios debajo del bigote caído, de nariz grande marcadamente encorvada, de buenos ojos soñadores, el hombre constituye la encarnación ideal del talmudista lituano. Uno se sorprende al no ver en él ni un caftán grasiento, ni tirabuzones en las sienes, ni un pequeño casquete en la coronilla de la cabeza. Sus periódicos accesos de rabia monárquiconacionalistas, parecen ser protestas ruidosas de su interior inconsciente contra su exterior. En este hombre, que evidentemente no sería capaz de matar una mosca, el antisemitismo furibundo se explica como un movimiento de defensa orgánica para prevenir las confusiones á que podría dar lugar su venerable fisonomía de rabino.

Tan paradojal como M. Baudry d'Asson, á la derecha, parece M. Francis de Pressensé, á la izquierda. Con su corpulencia majestuosa, sus cabellos raros, severamente partidos en el medio, sus delgadas chuletas largas, su gorda barba de triple gradación ampliamente afeitada, ofrece la imagen clásica del financista, es decir, de la especie humana de la que él está más lejos y que le es más antipática. Este puritano no se mira nunca, positivamente, en un espejo. Si se mirara, no me explicaría cómo es que no ha sacrificado ya, de mucho tiempo atrás, en aras de sus convicciones, por lo menos sus chuletas. La supresión de una de las tres gradas de su barba turgente depende menos de sus decisiones.

Dos hombres en los que la fisonomía se armoniza maravillosamente con el carácter, son M. Ribot y M. Doumer. Esto hace inútil toda descripción de la fisonomía de ellos...

París, Julio de 1904.

LOS ESPOSOS PIERRE CURRIE, DESCUBRIDORES DEL *RADIUM*

Interesa saber

á nuestros suscritores morosos que solo aguardamos que cubran sus deudas hasta el día

15 DE ENERO PROXIMO.

Despues de esta fecha no sólo les suspenderemos el envío de la Revista, sino que publicaremos los nombres de los insolventes, encargando á un abogado el cobro judicial de sus deudas.

De persona alguna hemos solicitado como favor la suscrición á EL HERALDO DEL ISTMO. Quien se suscribe lo hace voluntariamente y contrae un compromiso con nosotros que es justo cumpla. Las empresas no se sostienen con promesas sino con dinero.

Tu canto

A MI HIJA MERCEDES I. DE ESPINOSA

Es muy triste tu canto
y al escucharlo siento
que llega hasta mi pecho dolorido
la presión torturante del recuerdo.

Tus tornísimas notas
son para mí dulcísimos arpegios,
murmurio celestial de arpas eolias,
evocación de un sueño,
un sueño que pasó! y al despertarme
solo ví en mi redor sombra y misterio.

Cuánta ilusión perdida
en ese mar inmenso
que atraviesan las almas juveniles
en la nave veloz del pensamiento.
Cómo soñaba entonces, hija mía,
cuando feliz en el hogar risueño
cantaba como hoy tú, junto á la cuna
de mi niño primero,
que buscaba sonriendo al despertarse
el calor de mi seno,
donde yo lo arrullaba
entre amorosos besos.

Esta cabeza encanecida ahora
llevaba entonces rubio su cabello,
en rizos juguetones que caían
en seductor desorden sobre el pecho.
Mi niño idolotrado
complacíase entonce en deshacerlos
enredando sus lindas manecitas
en mi lluvia de crespos.

A la tranquila sombra de mi vida
nunca llegó el invierno.
El amor cobijaba con sus alas
mi perfumado lecho,
sin que jamás el frío
á mi suave calor turbara inquieto,
que el angel de la dicha
velaba de mi alcoba en el silencio.

¡Cuántas flores hermosas
en mi jardín se abrieron!
¡qué alegres pajarillos
cantaban en mi huerto!
¡qué auroras de esperanza
se despertaban en mi hermoso cielo!
¡cómo del sol quebrábanse los rayos
besando los balcones de mi templo!

A través de los años
escuchando tu acento
evoca mi alma dolorida y triste
su pasado de amor y de embeleso.

Ese cuadro de dicha,
esas hermosas flores que se abrieron,
esas aves canoras que cantaban
en las ramas del cedro,
las rosadas auroras
que para mí lucieron,
las santas alegrías
de mi niño primero,
y tras él sus hermanos
de alegrías llenando mi aposento,
ese idilio sin nombre de mi vida
¡Todo pasó como ilusión de un sueño!

Canta, canta, hija mía,
que es muy dulce tu acento;
y arrulla con tus notas cadenciosas
al hijo de tu amor sobre tu seno.
Yo que tanto he sufrido,
que llevo el corazón triste y enfermo,
al escucharte riego con mis lágrimas
las amarillas hojas del recuerdo!

AMELIA DENIS DE YCAZA.

(Panameña.)

Nicaragua: 904.

Concurso de Cuentos

A continuación publicamos el Acta levantada por el Jurado Calificador del Concurso de Cuentos abierto por esta Revista. Como se desprende de ese documento las composiciones remitidas á mas de ser exiguas en número no reunen todas las condiciones literarias de un cuento digno de ser premiado. Creemos que ha contribuído mucho á este exito mediocre el no haber tomado parte en el concurso, según ellos mismos han manifestado, ninguno de los señores doctor Salomón Ponce Aguilera, Darío Herrera y Edwin Lefevre, cuentistas de fama bien sentada, ni escritores distinguidos como los señores Jerónimo Ossa, Juan Antonio Henríquez y Ramón M. Valdés, á todos los cuales excitamos á que tomen parte en el nuevo Concurso que desde ahora dejamos abierto.

ACTA

El Jurado Calificador del Concurso de Cuentos abierto por EL HERALDO DEL ISTMO, previo examen detenido de siete composiciones á él sometidas por el Director de dicha publicación á saber:

Blasina Malheureuse, por Sam Ciro;

Alienado, por Puck;

Julia y Emilia, por Sigma Phi;

Aida, por Sinforoso;

Día Completo, por Alarico;

Criminal, por Pompeyo, *y*

Noche de Orgía, por Sila,

ha acordado lo siguiente:

1.° No discernir premio alguno á las Composiciones presentadas, por no reunir ninguna de ellas las condiciones literarias de un verdadero Cuento;

2.° Otorgar, sinembargo, primera y segunda mención honorífica respectivamente á las composiciones intituladas Blasina Malheureuse y Alienado,

3.° Excitar al señor Director de EL HERALDO á que declare nuevamente abierto el Concurso de Cuentos y señale á los concurrentes un plazo mayor.

Panamá, 25 de Diciembre de 1904.

Los miembros del Jurado.

CIRO L. URRIOLA.

NARCISO GARAY.

S. LEWIS.

Al abrir la cubierta que debía contenor la firma autógrafa del autor del cuento *Blasina de Malheureuse* nos hallamos con esta:

CLOVIS ACERO DAVETA

que en nuestra opinión no es sino un seudónimo, tanto más cuanto que esas letras forman exactamente el nombre y apellidos de un amigo nuestro, el joven

OCTAVIO VALDES ARCE.

Demás está decir que en caso de ser cierta nuestra suposición, el joven amigo ha faltado á una condición esencial del concurso.

El autor de *Alienado* es nuestro co-Redactor don Alejandro Dutary.

Queda pues de nuevo abierto el concurso desde ahora hasta el 1.° de Marzo, segun indicamos en las condiciones que en otro lugar publicamos.

Navegando el Magdalena

PARA JULIO ARJONA Q.

Hay en la selva rumores
y en el horizonte galas,
Las garzas abren sus alas
Como níveos resplandores;
Vienen de la fronda olores
Que perfuman el ambiente,
Todo es luz resplandeciente
En la gran naturaleza,
Sólo anida la tristeza
En mi corazón doliente.

La corriente rompe en notas
Rumorosas en las quillas,
Surcan hojas amarillas
Como diminutas flotas;
Las barrancas quedan rotas
Por las revueltas del río,
Buscando el calor de estío
Surge el caimán de las aguas,
Y las distantes piraguas
Parecen aves con frío.

Las colinas á lo lejos
Remedan franjas azules,
La noche tiende sus tules
Y el sol lanza sus reflejos;
Los marineros sus dejos
Van en la prora cantando.....
Sólo á mí un dolor nefando
Me agobia como una carga:
¡Ah! la tarde es tan amarga
Cuando uno se va alejando.

GENARO PAYAN

Septiembre 29 de 1904.

CONCURSO DE CUENTOS

PRIMERA MENCION HONORIFICA

Blasina Malheureuse.

PARA EL DR. JOSE RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ

POCO tiempo há celebrábase en el Hospital de San Juan de Dios de la ciudad de X ... la fiesta acostumbrada siempre que llega el 8 de Marzo, con el objeto de honrar la memoria del Santo cuyo nombre lleva ese establecimiento de caridad.

Las Hijas de Vicente de Paúl, encargadas del Hospital, se esmeran ese día en dar un aspecto risueño, hasta lo posible, á aquella mansión del Dolor adornando la fachada y el interior con palmas, gallardetes y festones de musgo, y aseando las enfermerías más que de costumbre, para que los visitantes que en ellas penetren, no experimenten sensaciones desagradables.

Al amanecer, los enfermos convalecientes y los de leves dolencias, asisten á la Capilla y oyen devotamente la misa dedicada al Protector de la mendicidad, yendo luego á colocarse en derredor de una larga y angosta mesa que les brinda un desayuno abundante, mejor dicho, un desayuno extra-regular. Los practicantes de medicina son obsequiados por las Hermanas con bizcochos y otras golosinas, amén de tál cual vaso de vino ó cerveza para remojar la garganta.

En el año á que mi relato se refiere, desde muy temprano comenzó á oírse el ruído metálico de monedas arrojadas por manos caritativas en una bandeja de plata ennegrecida que reposaba sobre una mesita colocada en el descanso de la escalera. Al medio día, cuando el vetusto edificio se mostraba más animado; cuando los quejidos de los pacientes eran apagados por risas imprudentes, y el relativo silencio de las salas había sido reemplazado por un murmullo que semejaba el zumbido de gigantescos abejones, yo contemplaba entristecido, en un anfiteatro de anatomía situado en el centro del patio y rodeado de atercíopela los pensamientos y rosas multicolores, el cadáver de una hermosa joven como de veinte años que había sido colocada en la plancha de mármol para ser disecada por el primer estudiante de medicina que, ávido de ciencia, osase despedazar con su afilado escalpelo aquel cuerpo de virgen.

La muerta yacía tendida en actitud supina y desnuda, poniendo así al descubierto sus venustas formas más blancas que la alba piedra que le servía de duro lecho. Estaba pálida y rígida; sus ojos garzos y velados por largas y rizadas pestañas miraban á lo alto con severa obstinación; sus entreabiertos labios apenas si mostraban las perlas superiores de una boca fresca, y sus cabellos oscuros y ahora sueltos rodaban serpenteando hasta colgar por los bordes de la fría mesa.

Pobrecita! exclamé después de largo rato de muda contemplación. En su semblante descubro sombras de melancolía que denuncian amargos sufrimientos .....! Oh! cuánto es triste para una virgen casta y bella morir en un hospital alejada de los seres más queridos, para ser luego profanada por incógnitas manos en lapidas hediondas á carne putrefacta!... De tan sombrío soliloquio vino á sacarme el ruído de pasos acelerados. Me estremecí nerviosamente y volteé la cara para ver quien venía, procurando tomar un aspecto de glacial indiferencia. El recién llegado era un mozo de regular estatura; tenía un color blanco-mate, grandes ojos, pardos, barba de Nazareno y vestía elegantemente. En la aristocrática mano derecha, en la que resaltaba el verde oscuro de una rica esmeralda, portaba un voluminoso libro de pasta amarillenta. Noté que se dirigía á donde yo estaba, y le esperé con impaciencia. El caballero llegó á la puerta del cuarto anatómico, saludóme cortesmente echándome una mirada escudriñadora, y luego penetró en él.

Creí imprudente continuar allí, y no sin esfuerzo alejeme, yendo á entretenerme contemplando las flores, que olía sin darme cuenta de su aroma: estaba preocupado; la imágen de la muerta no se alejaba un instante de mi vista; tal parecía que la tuviese prendida de las pupilas. De pronto sentí una fuerza misteriosa que me empujaba hacia el anfiteatro; tomé el rumbo que se me indicaba, y al encontrarme de nuevo en el lugar que tanto me hacía sufrir, vi —¡qué horror!—una cuchilla resplandeciente que penetraba en el mórbido seno de la doncella hermosa! Oyose un gemido desgarrador, la virgen se retorció con desesperación, y después quedóse nuevamente inmoble con esa quietud absoluta que sólo la muerte proporciona, mientras rojos borbotones de sangre manaban de la profunda herida, é iban á caer golpeando sobre el embaldosado pavimento....!

Bárbaro! rugí con voz de trueno. Estaba viva! .. sí! viva! y vos habeis arrancado tan preciosa existencia! Sois un criminal!....

Callaos! gruñó el estudiante lívido como un huésped de la tumba. Vuestras palabras me dan un miedo horrible....! Y trató de huír; pero yo le detuve asiéndole fuertemente por un brazo. Entonces noté que temblaba como un azogado, tuve lástima de él y procuré inspirarle confianza. Cuando su terror hubo disminuído, me dijo:

Escuchad, caballero; Yo me llamo Osvaldo de Varmont y curso el quinto año de medicina. En estos días he comenzado á estudiar las enfermedades nerviosas, y esta mañana se me informó de que en la sala de disección se hallaba el cadáver de una muchacha que había sufrido de neurosis intermitente. Con un vivo deseo de hacer el estu-